

Desperté con un estado de ánimo tal, que no supe si fue Dios o el diablo —probablemente el segundo— quien abrió mis ojos. El cuarto blanco, mi hogar durante los últimos siete días, se me hizo en ese momento tan extraño, que parecía como si un avión o una cigüeña me hubieran tirado aquí. Posiblemente fue una cigüeña la que dejó caer a un recién nacido con laas nalgas al aire, calvo y de cincuenta y tres años de edad dentro de un cuarto blanco de hospital.

No podía moverme, sólo miraba con ojos saltones de telefoto, buscando alguna evidencia de transgresión que probara que me habían practicado una rápida cirugía, mientras me rendía al aburrimiento y a una siesta, al final de la tarde.

Tenía la extraña sensación de que mis huesos habían sido removidos, que me habían fileteado y que esa era la razón por la que me encontraba hospitalizado. Una cirugía especial y urgente: ¡remoción de huesos!

¿Y dónde estaba Aarón? Todos los días lo esperaba para que me informara cuándo me iban a poner en libertad. ¡Qué historia tan fantástica! ¡Sólo en Guatemala te ponen bajo arresto domiciliario en un hospital! Si pudiera haber hecho las cosas de manera diferente, lo habría hecho. Soy un tonto y me siento abandonado y sin esperanzas. Y pensar que Esperanza anda por allí, cogiendo con Octavio.

Intenté sentarme en la cama, pero sentí que me jalaban por la espalda hacia atrás. Observé alrededor del cuarto, después al reloj. Eran las seis. El atardecer de otro día en el que no pasó nada. Tal vez la estancia en el hospital me estaba enfermando de verdad y me convertía en un blanco fácil para la meningitis. O a lo

mejor empezaba a sucumbir ante una sífilis virulenta que me extraía a cucharadas las partes pensantes del cerebro, como castigo por los treinta y cinco años de coger sin protección.

Podía escuchar a la vieja, en el cuarto de al lado, repetir “Dios del cielo: hazme mejorar o ¡mátame de una vez!”. Llevaba cuatro días con la misma cantaleta. El único consuelo era que no la habían traído con todo y camilla a mi habitación. *Dios del cielo: hazme mejorar o mátame de una vez*. Allí estaba Dios de nuevo, caminando de puntillas, desliziéndose al interior de su cuarto, asfixiándola con su almohada babeada, librándonos a ambos de su miseria.

No recibí ninguna advertencia. Estaba en mi apartamento, a punto de empezar la lectura de los últimos capítulos de *El amor en los tiempos del cólera*, cuando empezaron a tocar insistentemente la puerta. Abrí, vestido sólo con mi bata azul, y seis pares de manos me levantaron en el aire, me acostaron sobre una camilla y me metieron adentro de una ambulancia negra, que me trajo, con la sirena encendida, directamente al hospital. Debería estar agradecido. Si hubiera sido un indio descalzo de Panzós y no un hombre blanco y rico que vivía en un alto edificio de apartamentos, dos balas se habrían encargado de mí. Hubo una llamada quince minutos antes —¿sería Esperanza para invitarme a cenar?—. Mi saludo amable se encontró con un agudo, repentino y poco amigable clic. Número equivocado. Pero...

La verdad es que estaba desesperado. Con la soga al cuello, si se quiere. Si un perro me lamiera, de seguro moriría. Si el sol me alumbrara, se congelaría. Esa era la clase de estado de ánimo que tenía.

—Marcos, ¿estás despierto?

Entreabrí los párpados sólo lo suficiente para ver

a mi hermano acercarse pesadamente a mi cama. Mi mente estaba sumida en la neblina.

—Este lugar me hace dormir.

—Bueno, mejor te vas despertando, hermano. Si las cosas siguen como van, te vas de aquí en un día, o tal vez en dos.

Me apoyé sobre los codos.

—¿Por qué estás tan seguro?

Aarón sonrió, frotando sus dedos medio e índice contra el pulgar.

—El juez Barrientos quiere llevarse a su familia a esquiar al lago de Atitlán para el feriado, pero anda escaso de fondos. Mil quetzales lo convencieron de adelantar la audiencia.

Era el atardecer en la Ciudad de Guatemala, sin ráfagas de viento. Afuera de mi ventana, al sol empezaba a serle imposible alumbrar las hojas más altas de los laureles, a punto de ocultarse tras las montañas de occidente. Los zanates y las golondrinas seguían gritando, como si fueran aficionados en el Estadio Nacional, borrachos de cerveza Gallo, tratando de animar a su propio equipo más intensamente que los contrarios:

*Alabío, alabao, a la bim bam bum,  
nosotros, nosotros, rá, rá, rá.*

—¡Qué esperanzas! El abogado de seguro va a meter la pata.

—Él no es tan inepto, Marcos... ¿Me puedo sentar? Sin que me importara el desorden, asentí.

—Tirá esas cosas al piso.

Físicamente, no tenía nada malo—salvo los ocasionales y molestos incidentes de hemorroides, que respondían bien con bolsas de hielo—, pero en su infinita sabiduría, al juez se le ocurrió este encarcelamiento, luego de que Guillermo Vela, uno de nuestros contadores, acusara a la Compañía de evasión fiscal. El juez consideró que un

“arresto” hospitalario iba a resultar mucho más barato que mandar a rodear todo mi edificio de departamentos las veinticuatro horas del día con cadetes. Por supuesto, mis hermanos no se hicieron mucho lío para decidir quién iba a ser el agasajado: Aarón tiene responsabilidades familiares y en la comunidad; David es el presidente de la Compañía. Marcos, el soltero, era el indicado para salir al rescate y claro, me tocó a mí bailar con la más fea.

—¿De qué se trata todo esto, Aarón?

—Ojalá lo supiera.

—Es un chantaje, puro y simple. ¿Por qué otra razón iba a salir Vela con esa historia de que estamos lavando dinero en Panamá?

Aarón se quitó los anteojos y se frotó la cara cenicienta. El estrés se reflejaba en cada arruga de su frente. Parecía que las patas de gallo se habían apoderado por su propia cuenta de las comisuras de sus ojos.

—Hoy le ofrecimos cinco mil dólares para que retirara la acusación. A través de un intermediario, por supuesto. Nos mandó a volar.

—Quiere más dinero.

Aarón negó con la cabeza.

—No, es algo más complicado que eso. Vela ha de ser un agente encubierto del presidente Lucas, para descubrir a los evasores de impuestos.

—Ésas son pajas, Aarón. Nosotros somos peces muy pequeños. Le iría mucho mejor si actuara en contra de los barones del café, los Cofiño o los Herrera.

Aarón sonrió.

—¡Cómo sos de ingenuo, vos! Ellos le han estado llenando los bolsillos de pisto a los presidentes desde hace años.

—Entonces que vaya a destapar la porquería de alguno de sus treinta generales. Esos están hundidos hasta el cuello con las mordidas.

—Vivimos en el maldito trópico —dijo Aarón.

—Vivimos en el puto maldito trópico —le corrigió, mientras pensaba en lo idiota que había sido al perder tanto pisto en apuestas, cuando debí haber sido más práctico: cambiar los quetzales a dólares, sacarlos del país e invertir en condominios en La Florida.

Aarón continuó hablando.

—No le tenemos miedo a las auditorías. Nuestros libros están en perfecto orden.

Toda esta plática me estaba deprimiendo.

—Entonces, ¿para qué le ofrecimos el soborno?

Mi hermano se acarició la barbilla nerviosamente.

—A la Compañía no le conviene ese tipo de publicidad, en eso estamos de acuerdo. Lucas puede presumir de su campaña de honestidad en el gobierno, pero él se va en mayo. Es un corrupto, todo el mundo lo sabe. Sólo está tratando de limpiar su reputación, así podrá irse a descansar a Málaga con todos sus millones robados. Y, por otro lado, le está costando mucho convencer a los generales para que acepten a su hijo como sucesor...

—¿Te referís a su yerno? El enano ese es sólo un matón de veinticinco años de edad.

Aarón se inclinó hacia adelante.

—¡No queremos que la Compañía sea el chivo expiatorio de nadie! Que Lucas se lave la cara todo lo que quiera, que vacíe la arcas del Estado, que nacionalice los bancos si le da la gana, a mí me da lo mismo, con tal de que nos deje en paz.

Sonreí.

—Aarón, estás hablando como comunista. Ahora sí me sorprendiste.

Mi hermano sacó una copia del *Time International* y golpeó la portada con el dorso de su mano.

—Página 17. Esta gente asegura que aquí son asesinadas cuatrocientas personas cada mes. ¿De dónde se sacaron esa cifra?